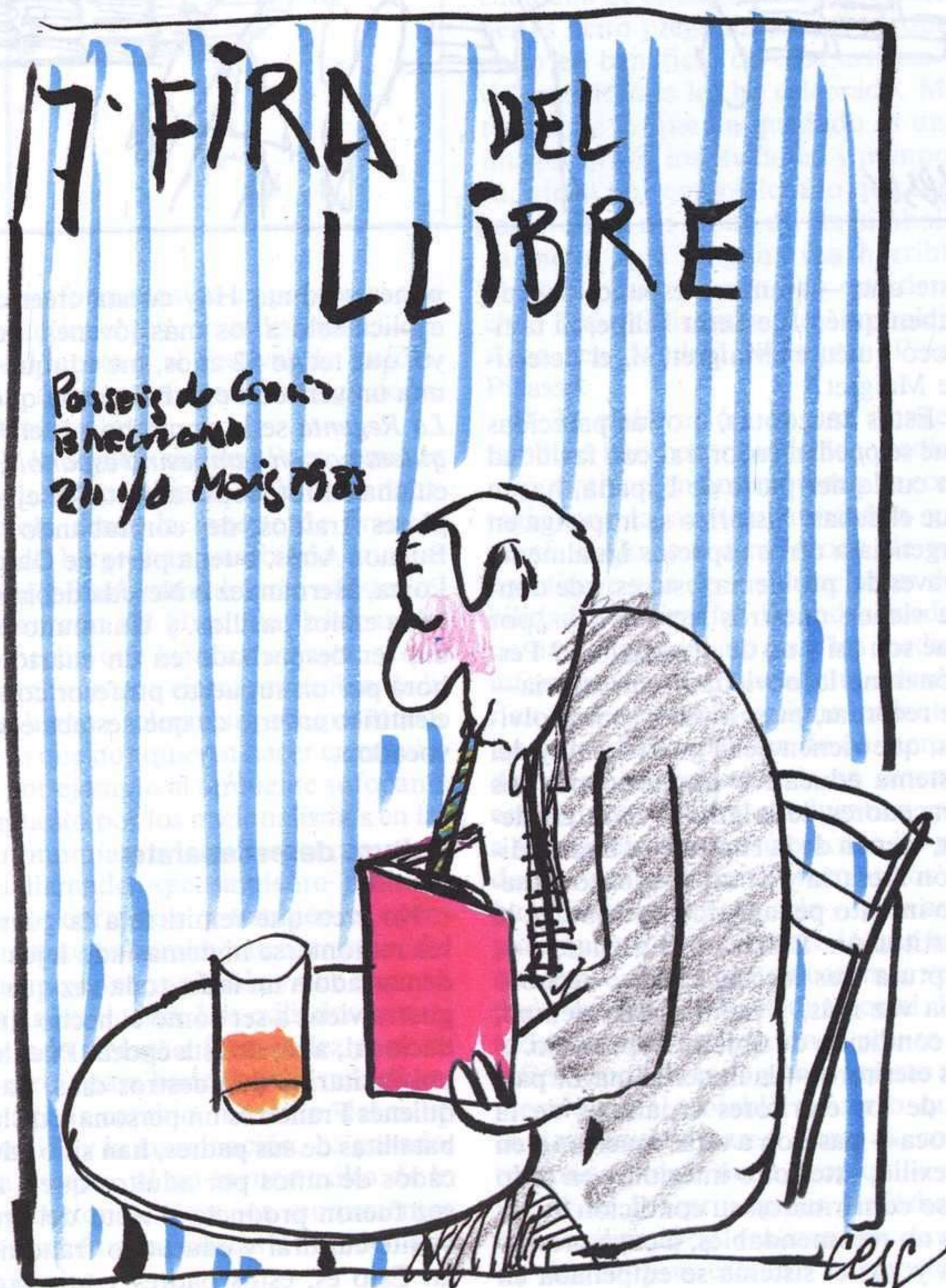


La información cultural

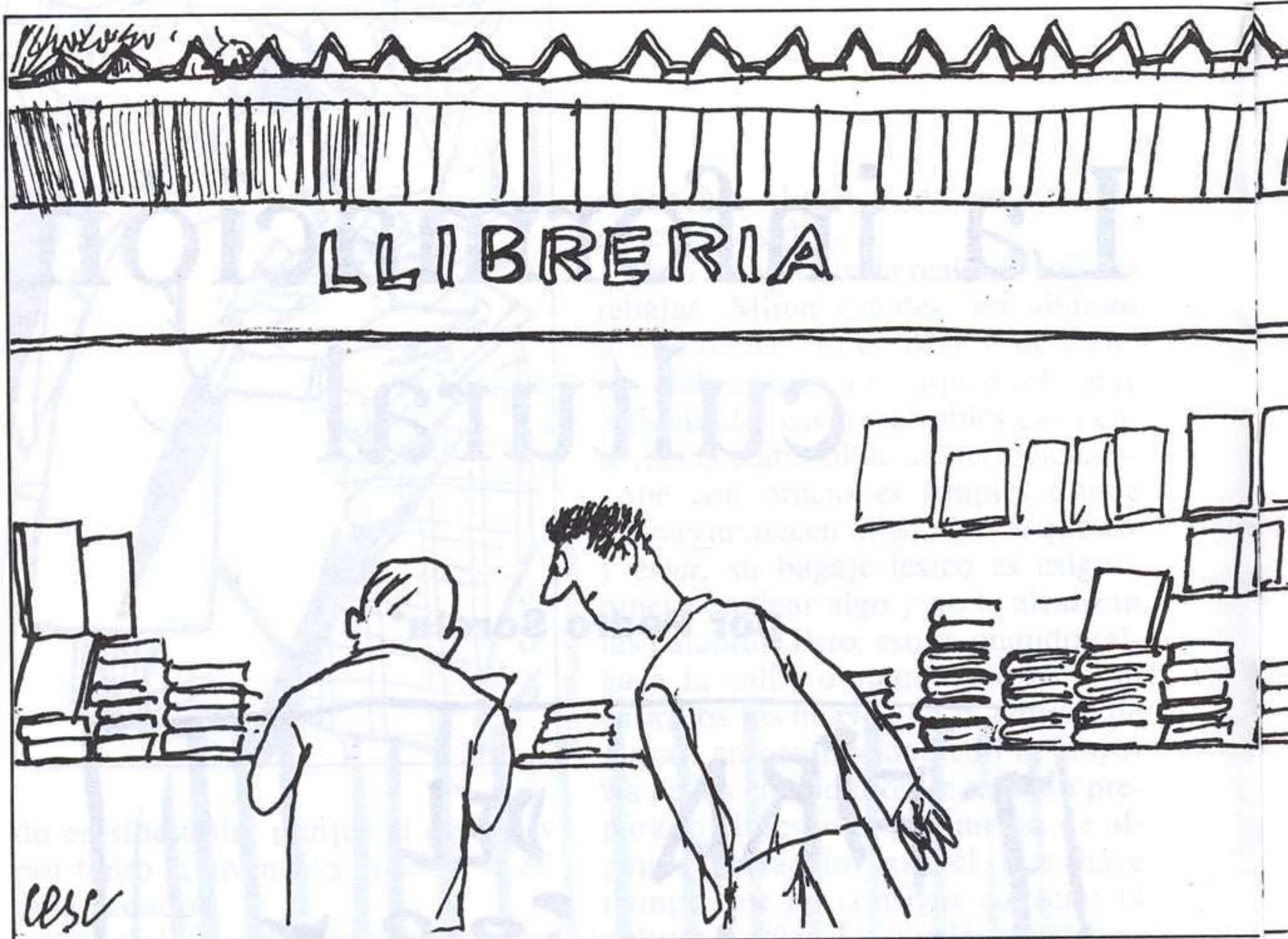
por Pedro Sorela*

El problema de la lectura en España tiene, en opinión de Pedro Sorela, profundas raíces culturales, históricas y económicas. El franquismo supuso la ruptura de una tradición literaria tras la cual el libro recobró la condición de objeto sospechoso; pero, con la democracia, que ha propiciado lo que se llama cultura light, tampoco se ha sabido subsanar esta carencia. La reforma de la educación, la creación de una red de bibliotecas escolares, y una elevación del tono cultural en las cadenas de TV pública son las tres propuestas que hace el autor para dar un empuje a la cultura del libro en nuestro país.



Hace un par de años me encontré a final de curso, después de los exámenes, a uno de mis alumnos de redacción en la Universidad Complutense. Era uno de esos jóvenes vestidos de negro que se sientan en la última fila y miran con aconsejable desconfianza hacia el profesor, y pertenecía a lo que yo llamaba el «ala cinematográfico-leninista» de la clase, pues algunos de ellos siempre andaban recomendándome extrañas —y, a menudo, buenas— películas de cines de madrugada. Este joven, que no me había dirigido la palabra durante todo el curso, se acercó al final —después de la entrega de notas— y me dijo algo así como: «Quería agradecerle los libros que nos ha hecho usted leer. Yo no sabía que se podía leer así. A partir de ahora tengo la intención de convertirme en un adicto».

No cuento esta anécdota por lo que podríamos llamar *vanidad pedagógica* —mi soberbia se alimenta de otros hechos menos inocentes—, sino porque esa frase, «yo no sabía que se podía leer así», me parece desde entonces extraordinariamente significativa. Y espero que a ustedes también se lo parezca cuando les diga la lista que al estudiante le resultaba tan novedosa: Borges, el Capote de *A sangre fría* o *Música para camaleones*; el García Márquez de las últimas Notas Periódicas y el Náufrago; el Rilke de las *Cartas a un joven poeta*; el Orwell de *Homenaje a Cataluña* y el Victor Hugo de *Los Miserables*, entre otros, hasta un total de unos 14 libros a los que se sumó, mediado el curso, *La cartuja de Parma*. Y se sumó por la sencilla razón de que un día descubrí, no sin un gran asombro y frustración, que ni uno solo de mis alumnos —ni uno— sabía quién era Stendhal. No digo que no lo hubieran leído. Es que no sabían quién era. El año anterior sólo dos alumnos habían sabido quién era Cortázar. (Y después de escribir estas líneas me entero de que al menos quince alumnos de mi clase de



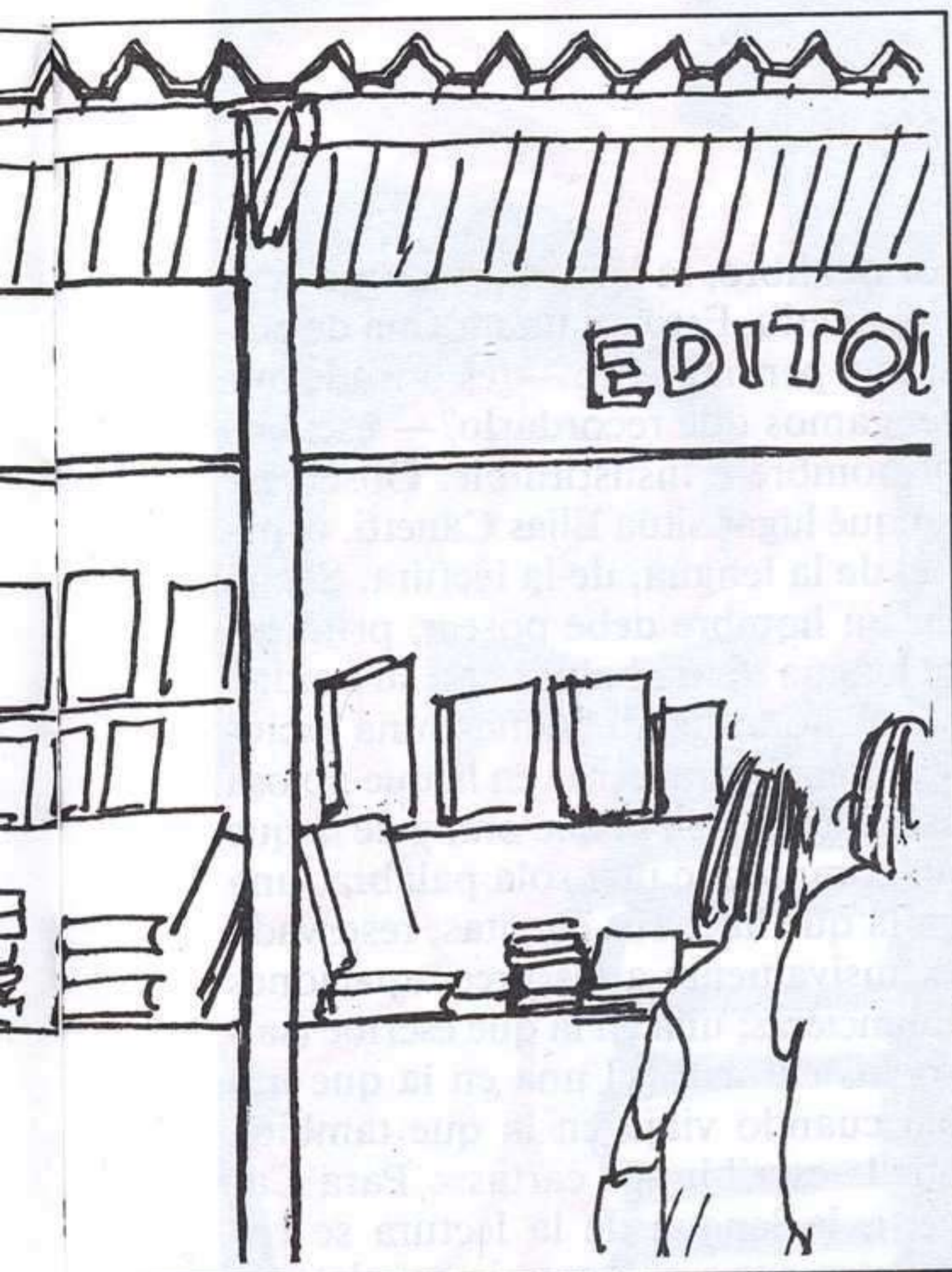
este año —alumnos españoles— no saben quién fue León Felipe, ni tampoco quién es Maigret; sí, el detective Maigret.)

Estas anécdotas, u otras parecidas que se pueden encontrar con facilidad en cualquier parte de España, hacen que el debate histórico se imponga en urgencia a otros aspectos igualmente graves del problema; esto es, ¿de dónde vienen nuestros lectores?, y ¿por qué son así y no de otra manera? Perdónenme la obviedad —necesaria— de recordar, pues a veces se nos olvida, que vienen de la guerra civil y del sistema educativo impuesto por los vencedores de la guerra civil. Es decir, vienen de la ruptura de una tradición literaria y de un comienzo de serio intento pedagógico nacional —la Institución Libre de Enseñanza—, ruptura tras la cual el libro recobró una vez más, y para mucho tiempo, la condición de objeto sospechoso. Y los escritores —la inmensa mayor parte de los escritores españoles de la época— pasaron a estar muertos o en el exilio, exterior o interior, y en todo caso confirmaron su condición de seres no recomendables, a cuya presencia y voz el sistema se empeñaba en

poner sordina. Hoy cuesta creerlo o explicárselo a los más jóvenes, pero yo, que tengo 42 años, me eduqué en una universidad española en la que a *La Regenta* se le ponía bozal, el *Requiem por un campesino español* circulaba en fotocopia a partir de ejemplares traídos de contrabando de Buenos Aires, buena parte de García Lorca, Hernández o Neruda debía ser leída en los pasillos, y Unamuno podía ser despachado en un cuarto de hora por un supuesto profesor con el científico criterio de que «estaba equivocado».

Cultura de escaparate

No creo que remitirse a la guerra sea remontarse ni demasiado lejos ni demasiado a un lado, toda vez que la guerra viene a ser como el hecho fundacional, aún, de esta época. Pues los universitarios de nuestros días, para quienes Franco es un personaje de las batallitas de sus padres, han sido educados de niños por adultos que a su vez fueron producto directo del ambiente cultural y educativo franquista. Esto es, estos padres y maestros



Y llegamos: en los últimos 17 años la cultura ha tomado un enorme protagonismo en la vida pública española, pero no descubro nada si digo que más como efímera moneda de mercado político y de imagen que como verdadera inversión: es decir, en silencio, a largo plazo, con inciertos resultados. Por ejemplo, la cultura española ha reivindicado numerosos nombres durante estos años —Picaso, García Lorca, Machado, Unamuno, Dalí, Miró, etc.—, y después de cada una de estas grandes celebraciones es lícito preguntarse qué ha quedado en beneficio de esos artistas y del pueblo que les ha celebrado. Me temo que lo que ha quedado es una imagen grave, institucional y pomposa, ajena por completo a lo que fueron y que a mi modo de ver simboliza mejor que ninguna esa horrible plazoleta que, no veo con qué derecho, los fabricantes del complejo Azca, en Madrid, llamaron Plaza Picasso.

A la elaboración de esa imagen también han contribuido los medios informativos, en un fenómeno de contagio por la acrítica atmósfera general, en lo que a mi modo de ver constituye una de sus principales debilidades en España. De todos modos no hay que pedir utopías: los medios informativos, a los que algunos desearían poder atribuir misiones redentoras radicales, dependen de un mercado, y éste es producto de un sistema económico, cultural y educativo que a su vez, etcétera, etcétera. No les pidamos a los medios informativos la luna. Exijámosles tan sólo —y les aseguro que no es poco, visto lo que hay que ver— que la pinten con más verdad y originalidad que una postal. De todas formas, en lo que a la prensa se refiere, sería de todo punto injusto no mencionar el notable esfuerzo que, contra viento y marea —esto es, contra un ambiente nada propicio— algunos de los principales periódicos han realizado y realizan en favor de la cultura escrita, reconocién-

fueron formados en un país en el que acontecimientos culturales eran el Premio Planeta y el Festival de Eurovisión, o en su defecto la entrega de los Premios Goya.

Y lo siguen siendo. Pues, ¿qué es lo que ha cambiado en la cultura española desde la muerte de Franco? Desde luego han cambiado muchas cosas y fundamentalmente nuestra relación con las libertades básicas. Es un hecho que las disfrutamos, y que vivimos en una cierta atmósfera de liberalismo y tolerancia, aunque menor de lo que nos quieren hacer creer: véase por ejemplo el ambiente sofocante impuesto por los nacionalismos en las Autonomías, o la creciente presencia del llamado «pensamiento políticamente correcto», y también el «pensamiento culturalmente correcto», del que muy poco se habla y que merecería un seminario. Los exiliados han regresado y Miguel Hernández ya no es pretexto para banderas del más diverso tipo; a cambio, me temo, del exilio interior y la marginación, ha pasado, sin escalas, al no menor exilio de lo institucional. Pues los monumentos oscurecen a los poetas e impiden que se les lea.

Educación para leer y leer para educar

Creer, hoy día, en alguna manera de educación que no sea la atlética, los entrenamientos deportivos que, según dicen, son de resultado seguro, es cosa deslucida, y que no se lleva en los círculos intelectuales elegantes. Allí, la moneda de más curso es la agudeza del ingenio, con su punta de desprecio ante todo lo que huele a educación. Y la única salida que los propios educadores tienen de hacerse perdonar que lo son es burlarse, ellos también, de serlo.

A esta situación no se ha llegado sin porqué. Maestros y maestritos, y sobre todo los maestros profesionales de los maestros, han cogido por su cuenta a la noble, hermosa figura de la educación, la han sometido a tales maltratos, deformaciones, embadurnos y pintarrajos, y han sobrepuesto a su habla natural una jerga técnica, tan cómicamente esotérica, que hoy ya no se la ve sino como espantajo y adefesio, que da risa o ganas de huirla. Y, sin embargo, la educación, conforme los que más entienden de estas cosas, es un hecho natural, una realidad que se impone al hombre, antes de que éste la convierta en un sistema reflexivo. Y ya que inevitable, parece conveniente que sea lo mejor que pueda. La solución del gran drama de la lectura está, para mí, en la enseñanza de la lectura. En la formación del lector.

¿Por quién, y desde cuándo? Por la escuela y desde que se entra en contacto con las letras; en cuanto se empieza a enseñar las letras. Al precepto del dómine forzado, «la letra con sangre entra», sustitúyase el del pedagogo inteligente: «la letra con letra entra». Porque si se repasan esos remedios que hemos venido examinando, saltará a la vista que todos convienen en su

dole una importancia que a menudo pasa por delante de sus intereses económicos. En Europa no hay muchos periódicos que puedan rivalizar con algunos de los españoles en ese aspecto —en México sí, todo hay que decirlo—, aunque también es verdad que esos países europeos tienen otros medios de apoyo al libro.

Tampoco toda la responsabilidad es de los políticos que, a fin de cuentas, se limitaron a proporcionar lo que creían que les pedían sus votantes, en uno de los característicos círculos viciosos que enferman la cultura. Porque reconozcamos que no ha sido el ambiente español el más propicio a la cultura, durante los últimos años, pese a las apariencias, sino más bien todo lo contrario. Esto daría para una tesis, o para veinte, pero digamos de una vez que el ambiente de zarzuela posmoderna que tan bien refleja Almodóvar en sus películas, o las que se han dado en llamar «cultura del escaparate» y «cultura del pelotazo», con cínicos y elegantes pillos autopropuestos como héroes populares de nuestro tiempo, no constituyen el caldo más propicio para crear una nueva Florencia, como parecía, a juzgar por el triunfalismo ambiente, que estábamos construyendo. De nuevo, esa cultura fue producto de nuestros inmediatos antecedentes; esto es, de la desoladora indefensión en la que nos ha dejado nuestra historia, por la que nunca pasó más que un coletazo de la Ilustración, y sólo a ráfagas.

La lectura en España: una grave carencia

Me gustaría insistir en que estoy hablando del problema de la lectura en España. Pues el raquíto nivel de los índices de lectura en este país se debe tanto al hecho de que un Galdós pudiese ser sospechoso hace tan sólo veinte años como al hecho invertebrado de que el *yuppismo* haya sido propuesto con total impunidad como el

remedio, el único remedio, para suplir nuestras graves carencias. Ojalá que la crisis que vivimos se decante, por una vez, no hacia cualquier extremismo que sólo agravaría la situación, pero sí hacia un sano escepticismo creador. De todas formas quizá la cri-



CESC (NO PUBLICADO), 1987.

sis no sea tan mala, desde el punto de vista de la creación. Y no la crisis, sino la incertidumbre. Pues me parece que la creación tiene muy poco que ver con la seguridad y la certeza. En síntesis:

—Vivimos una cultura de lo leve que no sólo es el reflejo de la posmodernidad universal sino que en este país, agravada la situación por nuestra historia, hemos cultivado con auténtico mimo, quizá porque parecía una especie de remedio mágico a problemas centenarios, algo así como el milagro de la venta a España de la colección Thyssen.

—Sólo en esta frivolidad ambiente es concebible que se pueda poner entre interrogantes —y se pone— el va-

lor del libro, la lectura, y lo que lleva aparejado. Esto es, una forma de cultura y pensamiento —¿es posible que tengamos que recordarlo?— esencial al hombre e insustituible. Obsérvese en qué lugar sitúa Elías Canetti, el papel de la lengua, de la lectura. Según él, un hombre debe poseer, primero, la lengua «para hablar con su madre, y que no utilizará ya más; una exclusivamente para leer, y en la que no osa escribir; una en la que ora, y de la que no comprende una sola palabra; una en la que hace sus cuentas, reservada exclusivamente a las preocupaciones financieras; una en la que escribe (salvo sus cartas); [y] una en la que habla cuando viaja en la que también puede escribir sus cartas». Para Canetti, la lengua de la lectura se encuentra entre el lenguaje con la madre y el lenguaje de la oración, y en ella, además, no osa escribir.¹

Incluso entre los lectores, y por consiguiente entre algunos escritores, temerosos de ser expulsados al limbo por las leyes del mercado, tiende a imponerse la idea de que la lectura ha de ser lo menos parecido a lo esencial de la lectura. Esto es, no ha de requerir imaginación e inteligencia —a menudo triunfa la anécdota y la trivialidad sobre todo lo demás— y ha de emparentarse lo más estrechamente posible con lo que no es literatura; el cine, por ejemplo. (En las Facultades de Letras la gente no lee y una alumna de quinto de Filología Española reconoce con toda tranquilidad que nunca ha leído a Borges y que no cree que sea fundamental. Lo grave no es que lo diga. Lo grave es que esta analfabeta funcional haya podido llegar a quinto de Filología: su título, que será mentira como una sopa de sobre, simboliza sin embargo las muchas máscaras de las que se recubre la cultura en España.)

—Ausente del panorama por completo lo clásico —es decir la tradición, el rigor y la inteligencia contrastados por el tiempo; el conocimiento de quiénes somos y de dónde venimos—,

LOS 50 AÑOS DEL DIA DEL LI- BRO



lesc

BARCELONA: GREMIO DE EDITORES, 1976.

y ausente no sólo de la actualidad, sino de la formación de nuestros formadores y de nuestros lectores, se abre camino sin pudor la idea de que calidad es repercusión sobre el gran público, cifras de venta y posibilidades de ser traducido al cine o, mejor aún, a la televisión, y de que cultura es también cierta combinación de tomates con anchoas y determinados caprichos de los modistos. Es decir, la temible posmodernidad, que en la invertebración española ha encontrado inmejorable abono.

—La televisión, habitual acusada en el debate sobre la lectura, no es tanto una causa como un síntoma del nivel cultural del que se desprende con toda naturalidad la ausencia de lectu-

ra. Lejos de mí la tentación radical; pero se me antoja evidente que una persona que aguanta con naturalidad los concursos de la televisión, o los culebrones, o incluso las películas, mutiladas impunemente por todo tipo de barbaries publicísticas y doblajes infames, pueda sentarse a continuación a leer a Leon Tolstoi o a Peter Matthiessen; ni siquiera a los autores que han vendido su alma y pretenden rivalizar con los culebrones, que siempre les ganarán en su propio terreno. Visto que, al parecer, esa televisión-basura concita el interés de la inmensa mayoría de los españoles, las conclusiones son obvias. Las responsabilidades también.

—Pero el de la televisión es un buen

territorio para el debate, por cuanto es un síntoma del estado de la cultura, siempre difuso, y a la vez algo muy concreto. Pues cabe la televisión de *La máquina de la verdad*, en el extremo de la aberración, televisiva y lingüística, y la televisión de *Retorno a Brideshead*, excelencia programada hace por lo menos ya diez años y que no ha tenido continuación alguna. Las dos emisiones simbolizan la ambigüedad del debate sobre la televisión, pues si es poco probable la lectura entre los espectadores de *La máquina*, apostarí a que la proyección de *Brideshead* la aumenta. De hecho *Brideshead* es uno de los grandes éxitos de Tusquets, en un fenómeno parecido al de *Los gozos y las sombras*, que rescató a Torrente Ballester de la desmoralización y la tentación del silencio.

—De todas formas, y quizás esta observación fuese más conveniente en un debate sobre Sanidad, resulta urgente quebrar muchas de las supersticiones en vigor sobre la libertad de expresión, y hacer una llamada al gobierno cultural y educativo para que asuma sus responsabilidades: es preciso advertir a los ciudadanos, desde el colegio, que la televisión puede ser un objeto peligroso, ya que es posible la adicción y en ocasiones llega a ser perjudicial para la inteligencia. Como suena. Ya existe una literatura médica suficientemente abundante. No estoy hablando de intervención, ni de censura. En lo que a las televisiones públicas se refiere, estoy hablando de libertad de expresión y de recepción para todos. En otras palabras, de una programación que cumpla con sus objetivos de informar y distraer, y también formar, qué diablos, sin que nos arrepintamos por haber pagado impuestos.

Temas para el debate

Quiero dejar clara mi convicción de que el problema de la lectura tiene profundas raíces culturales, históricas

... y además un libro!

DIAS DEL LIBRO



y económicas, y no se soluciona con irrelevantes e inefables campañas publicitarias con la reciente del mono, que fue en sí misma un síntoma: «No asustemos a los analfabetos —venía a decir—; seamos como ellos». Confiar a los publicistas el que a mi modo de ver es el más grave problema de la cultura española revela mucho de lo que se entiende en este país por administración cultural.

Dicho esto, adelantaría tres propuestas para el debate:

—El abandono por el Gobierno de la perniciosa idea de que la Televisión Española ha de regirse con el mismo mercantilismo ramplón que una *boutique* de modas, cuyos resultados —creo que los económicos son secundarios— están a la vista de quienes quieran mirar, que no somos todos, ni mucho menos. Estoy convencido de que una elevación del tono en las dos o tres cadenas públicas incidiría en el tono cultural del país, e inevitablemente en la demanda de lectura.

—Reconozcamos de una vez que la biblioteca pública no pertenece todavía a los hábitos culturales españoles, y que es inútil seguir intentando edificarla por el tercer piso. La experiencia demuestra que las bibliotecas públicas se suelen pudrir de aburrimiento antes de ser derribadas por el especulador, y ello, salvedad hecha de algunas iniciativas excelentes por toda la geografía española. Propongo, pues, la creación, desde el Ministerio de Educación, de una red de bibliotecas escolares que no requieren más que unas líneas en el BOE, como han demostrado ingleses, alemanes y franceses, con quienes lo aprendí, y una dotación relativamente discreta para liberar a un cuerpo de profesores que se encargue de ellas en exclusiva. Y en el caso de que ello no siempre sea posible, refuércense las bibliotecas de aula, creadas por el profesor con los muy respetables medios de un armario, un candado y unos treinta libros traídos por los alumnos, y recuperados a fin de año, a partir de una lista

de libros *buenos y atractivos* propuesta por el profesor. Nada más sencillo y barato, y, por experiencia propia de una década como escolar, nada más eficaz.

Claro que este procedimiento requiere el milagro de que el profesor *sepa* elaborar una lista de títulos atractivos para cada edad. Lo llamo milagro porque yo también he sido víctima de las Facultades españolas de Filología de las que egresan los profesores de Literatura, en donde demasiado a menudo se entiende que el estudio de la literatura es el aprendizaje de las fechas de edición de *La Celestina* o, entre los más contemporáneos, la deconstrucción aplicada a insufribles edificios de ladrillo y cemento. Como profesor, a menudo maldigo a mis colegas que, en cursos posteriores al que yo dicto, simplemente destruyen la poca afición que yo haya po-

dido inculcar a la literatura, en un período, el universitario, que de todas formas es ya demasiado tardío.

—De ello se deduce pues la tercera y quizá más ambiciosa propuesta: la utópica e imposible reforma de la educación española de tal modo, que se logre frenar un poco el ingreso en la docencia de parados sin otra salida, burócratas apegados a normas y programas que son fotocopias, como dice el don Josep de la última obra de Els Joglars —obra que propongo para ilustrar este debate—, y gente contaminada ya de televisión, para quien el libro es un obstáculo existente con el único propósito de aumentar su cansancio. Reforma igualmente vital —y cuya demanda parece una broma de ficción política— es la urgente reintroducción, en los colegios, de estudios, si no clásicos, que sería pedir la luna, al menos serios. Y una vez más,

1964.

no se confunda *seriedad* con sofocantes lenguajes academicistas y burocráticos.

Un buen lector: un milagro

Que la sociedad cultural y la Administración educativa de este país hayan permitido el ninguneo de los estudios de Humanidades en los colegios —estudios que son los que a la larga importan, digámoslo claramente—, para su sustitución por tecnologismos y modas no demasiado contrastadas, y con el resultado que padece ya más de una generación de españoles y por tanto hipoteca a todo el país, es índice de muchas cosas pero sobre todo de la gravedad de la situación: uno estaría dispuesto a creer en conspiraciones orwellianas, como mínimo, si fuera posible tanta imaginación en esas cabezas. Pero la experiencia demuestra que la imaginación suele estar penalizada entre los administradores de la educación y la cultura.

El de la educación es el problema central de este país, a mi juicio, pero nadie parece querer verlo, o tener el coraje de afrontarlo. En otros países lo saben, saben de su importancia, a menudo menos urgente, y actúan en consecuencia. Nosotros estaremos pagando la cuenta mucho tiempo, y a un costo mucho mayor del que imaginamos.

«Los buenos lectores son cisnes aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores —dejó dicho Borges—, [y] leer, por lo pronto, es una actividad posterior a la de escribir: más resignada, más civil, más intelectual.»² Un buen lector es, por tanto, un milagro aún mayor que el de un buen profesor o el de un gobernante de verdad interesado por la cultura, que socava su poder. Pero un buen lector es algo azaroso sólo hasta cierto punto, como demuestra la geografía estadística. En la creación de lectores intervienen decisiones políticas no forzosamente costosas —y aunque

lo fueran—, pero cuya rentabilidad, sin duda, sólo se ve a largo plazo; es decir, una rentabilidad poco atractiva para la política más inmediata. Quizá por ello habría que pensar en imponerla, pues las decisiones políticas, a fin de cuentas, dependen de nosotros.

Aunque no lo parezca, todo lo que he dicho se desprende del ritmo, el tono y la historia cuyo comienzo voy a contarles, privilegio que sólo tiene la literatura cuando merece el nombre:

«Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que pasamos con un libro favorito [...]. Quién no recuerda como yo aquellas lecturas hechas en tiempo de vacaciones, que íbamos a ocultar sucesivamente en todas las horas del día que eran lo suficientemente apacibles e inviolables para darles asilo. Por la mañana, al volver del parque, cuando todo el mundo había salido a *dar un paseo*, me deslizaba en el comedor donde, hasta la hora todavía lejana de almorzar, no entraría nadie más que la vieja Félicie relativamente silenciosa, y donde no tendría por compañeros, muy respetuosos de la lectura, más que los platos pintados colgados en la pared, el calendario cuya hoja de la víspera había sido recién arrancada, el reloj de pared y el fuego que habla sin esperar respuesta y cuya amable conversación vacía de sentido no tiende, como las palabras de los hombres, a superponerse a las palabras que estáis leyendo...».³

Sí, han adivinado ustedes, ese niño feliz era Marcel Proust. Gracias por su atención. ■

* Pedro Sorela es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.

Notas

1. Elías Canetti: *Die Provinz der Menschen*, citado por Catharine David: *El profeta Elías*, Bogotá: ECO, marzo de 1982.

2. Jorge Luis Borges: *Historia universal de la infamia*, Madrid: Prólogo, Alianza/Emecé, 1971.

3. Marcel Proust: «Sobre la lectura», Prefacio a la traducción del autor de *Sésamo y lirios*, de John Ruskin, Valencia: Pre Textos, 1989.

propósito de enseñar a leer a la gente. Pero ¿a quién? A los mayores, a las personas hechas y derechas, a los que ya saben leer. ¡Estupenda situación y asombroso embolismo! Sabios, letrados, profesores universitarios, almas filantrópicas, empeñándose en enseñar lo ya enseñado, lo primero que la escuela tiene obligación de enseñar: ¡el arte de la lectura! O estamos todos poseídos de mental desbarato al andar así por el mundo ofreciendo a diestro y siniestro lo que ya todos tienen, o estamos todos diciendo, al par que nos lo llamamos, una verdad como un templo: en las escuelas ya no se enseña a leer. Y que luego, cuando esos párvulos salen de su parvulez y ya están bien crecidos y con los huesos duros, lo único que se nos ocurre es ofrecerles los tres o cuatro mejores libros del mes o los cien y pico mejores de todos los tiempos. O acaso brindarles un libro sobre cómo leer, donde, con las mejores intenciones del mundo, se aspira a que un hombre de treinta años aprenda de memoria, en un par de vigiliadas, lo que sólo se puede aprender debidamente a fuerza de años de práctica y escolaridad, y en muchas veces y en muchos libros.

No hay más tratamiento serio y radical que la restauración del aprendizaje del bien leer en la escuela. El cual se logra, no por misteriosas y complicadas reglas técnicas, sino poniendo al escolar en contacto con los mejores profesores de lectura: los buenos libros. El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto. Porque todo escrito lleva su secreto consigo, dentro de él, no fuera como algunos creen, y sólo se la encuentra adentrándose en él y no andando por las ramas. Se aprende a leer leyendo buenas lecturas, inteligentemente dirigido en ellas,